

Análisis y clasificación de *Abén Humeya*, de Carlos Asenjo Sedano.

Antonio ENRIQUE

Cuestión previa en el tratamiento de este *Abén Humeya* (Ed. Muñoz Moya y Montraveta, Sevilla, 1990, 455 págs.) del escritor accitano Carlos Asenjo Sedano, sea la disposición de su género literario, al que fuera procedente adscribirla. Porque existen novela histórica, historia novelada, la novela con trasfondo histórico y -huelga en el presente caso- novela de folletín. Tales géneros del mismo híbrido histórico-literario son colindantes, y en muchos casos indiscernibles; cuanto más que los géneros literarios se desplazan, están en continuo movimiento, y lo que fuera perceptible y constatable hace veinte años no lo es -tanto- al presente. Por "novela histórica" entendemos aquella en la que, sobre el marco de unos acontecimientos históricos (y con protagonistas reconocibles, cuya existencia se halla documentada) el autor fabula, acordándose convencionalmente que los límites de esta fabulación radican en la *veracidad* de los hechos; sólo cuando tales hechos son inciertos, o contradictorios (en sus diversas fuentes documentales) le es propio al historiador recurrir a lo novelístico, entendiéndose asimismo que los acontecimientos narrados habrán de poseer *verosimilitud*. Apenas hemos comenzado y ya, al mencionar tales categorías, veracidad y verosimilitud, nos encontramos ante un arduo asunto. Porque ¿quién puede en propiedad separar a lo neto el sentido de ambas nociones? Un hecho histórico puede ser verosímil, y sin embargo veraz; y al contrario: veraz, pero inverosímil. El lector se limita a leer y, si no es historiador experto que domina el período que el libro narra, puede llamarse a equívoco, pues no en vano se dice -y el buen historiador suele ser consciente- que "la realidad supera a lo imaginado" (en ocasiones, claro). La tarea de identificación del género suele, sin embargo, plantearse de modo menos complejo, en casos no extremos. Y así podría proponerse: ¿Predomina el historiador, el cronista puntual, o bien el narrador, el fabulador? Como se comprenderá, lo que ha cubierto documentalmente la Historia es inamovible; y, salvo casos de contradicción entre las fuentes o de intuición firme por parte del autor (pues la Historia, por ser los vencedores quienes la escriben, por sistema admite la duda), no conviene "moverla"; a esta conclusión nos lleva la convicción de que siempre hay margen para el fabulador, para el narrador, pues, por muy documentados que los hechos se presenten en sus fuentes, siempre existirán resquicios por donde entrar en cuña, interpretando de modo diverso; cuanto más que la testificación de las figuras históricas suele cubrir tan sólo sus acciones externas. En este punto no es que exista divagación, sino necesidad imperiosa de interpretar los ras-

gos psicológicos que conforman la etopeya de los personajes y, en consecuencia, fabular sobre el comportamiento de tales figuras, en otros ámbitos de su conducta, es decir, lo que comúnmente se conoce por lo intrahistórico: costumbres, amistades, pasiones. En términos ideales, la verosimilitud no debe ni tiene por qué colisionar con la veracidad; en la práctica, todo puede reducirse a una cuestión de *posología*: tanto de historia, tanto de fabulación, y si el autor se defiende más en lo uno que en lo otro; si hay equilibrio, estamos ante una buena novela histórica, y ante una novela maestra si el autor ha entremezclado con tal efecto de sugestión lo veraz y lo verosímil, lo histórico y novelesco, que se hace imposible discernir cuándo habla el historiador y cuándo el novelista. Pero si ese equilibrio se decanta, tanto en las aptitudes del autor como por el contenido en sí, hacia lo primero, estamos ante una historia novelada. Y si los protagonistas no son fehacientemente históricos (aunque verosímiles) y actúan en un tiempo histórico por así decir climático, sobre el cual destacan sus acciones, aún interviniendo en los acontecimientos públicos de modo oblicuo, estamos ante una novela con trasfondo histórico. Queda el folletín, que, al no ser ni verosímil ni veraz, no es ni lo uno (novela histórica) ni lo otro (historia novelada), es decir la negación del del género. *Abén Humeya*, pues, ¿qué es, a qué género corresponde? Porque de su clasificación depende su análisis.

PREMISA PRIMERA: LA VERACIDAD HISTÓRICA.

Por fortuna, las fuentes de los sucesos en nuestra novela relatados en torno a la figura de Abén Humeya, son muy concretas, y de todos conocidas. Se erige en apoyatura máxima de los acontecimientos la *Guerra de Granada* (1627) de Diego Hurtado de Mendoza, obra que, con poseer un subido valor literario, se la viene considerando como la más autorizada desde el punto de vista histórico. Le sigue en importancia las *Guerras civiles de Granada* (1619) de Ginés Pérez de Hita; su relación, más extensa que la anterior y por consiguiente más densa de acontecimientos, posee, para los historiadores actuales, un valor fundamental de refrendo acerca de los datos aportados por Hurtado; escrita a diferencia de éste -Hurtado de Mendoza, que lo hizo en estilo clásico y siguiendo las pautas de Salustio- en un estilo que hoy nos resulta más arcaico, pero en definitiva barroco, le supera en vigor narrativo, en espléndidas narraciones llenas de vida, y, en suma, en color; color, pues: recuérdese que para los escritores románticos el *color local* era ingrediente imprescindible, a partir de las recomendaciones de Victor Hugo en el Prólogo de *Cromwell*; esta es la razón por la cual los románticos españoles tendrán a Pérez de Hita en el centro de mira de sus aspiraciones, luego que Abén Humeya, con tantos perfiles *románticos* que su figura presenta (rebeldía contra el poder, víctima de traición, orientalismo), se convierte en leyenda; innecesario se hace recordar a Martínez de la Rosa con su *Abén Humeya*, drama estrenado en París, julio de 1830, en pleno período *maurofílico*, impuesto por las *Orientales* de Hugo o *El último abencerraje* de Chateaubriand, y coincidiendo, por cierto, con la estancia en Granada de W. Irving. Y finalmente, el tercer testimonio que debe figurar al lado de las antedichas, y que no es otra que la *Historia del*

rebelión (sic) y castigo (1727) de Luis de Mármol Carvajal, con un eminente valor de concreción en lugares y fechas, que le hace imprescindible para completar y dar profundidad al cuadro de aquellos sucesos.

Junto a estas tres relaciones capitales, otros muchos dispersos testimonios, de valor relativo por adyacentes. Así el *Memorial a la Reina* del arzobispo de Granada Diego Escolano, donde se narran, de un modo francamente parcial (propagandístico diríamos hoy) como se comprenderá, algunas cruentas torpezas, perpetradas contra las imágenes del culto sagrado y sus ministros, de aquella campaña. O bien los versos del romanceador del Castillo, sujeto de trascendental importancia en los prolegómenos de aquel Alzamiento (asunto de los libros de Plomo, del Sacromonte; o, lo que es lo mismo, su incubación), que entre el épico y elegíaco rumor de sus versos nos ofrece algún que otro dato del sentir de los sublevados. Sobre el particular, en fin, el estudioso de este período debe consultar *Los Moriscos* (1976) de Caro Baroja, verdadero árbitro de la bibliografía sobre el tema. Y más concretamente, el especialista sobre Abén Humeya, asimismo consulte el opúsculo *Abén Humeya en la Historia y la leyenda* (1915; discurso de entrada en la R.A. de Artes de Granada) de J. Palanco Romero. Sin olvidar la biografía *Abén Humeya* del posterior erudito granadino Fidel Fernández.

Ahora bien, tenemos que H.M. (Hurtado de Mendoza), con ser uno de los mejores, aun intemperantes, embajadores españoles de la edad imperial, célebre polígrafo y poeta, que escribe su relación ya caído en desgracia (sobre el particular, la novela de Antonio Prieto *El Embajador*, 1988), es todo lo contrario a un improvisador. Sobre su dominio de los secretos de alta política, acreditado en su larga experiencia de oficio en las más conflictivas cancillerías europeas, era el hermano del marqués de Mondéjar, uno de los más grandes implicados en aquella guerra. Nadie como él, pues, para inducirnos acerca de la contradicción en los mandos castellanos, puesta de minifiesto en la vacilante política del monarca por lo que respecta al marqués de Mondéjar de un lado y a los "dos bonetes" de otro, a saber el presidente de la Chancillería, Deza, y el primado Espinosa (quien, por cierto, caerá en desgracia cuando *todo* haya pasado); sobre éstos, y frente a Mondéjar, Capitán General de Granada, pesa, desde luego, la máxima responsabilidad histórica de aquella Rebelión. Estos dos bandos no son, o parecen, sino la representación en chico de las dos facciones que se disputaron el poder cerca de Felipe II: los partidos por así decir *liberal*, y que en un principio auspició Eboli, y el *radical* del duque de Alba. Por tanto nadie mejor que H.M. para desvelarnos los motivos ocultos, las fluctuaciones ideológicas y, en suma, los entresijos de aquella rivalidad interna. H.M., como granadino que era (y de los más universales que han sido), conocía a la perfección los territorios de la campaña, así como, con familiaridad, a los nobles por parte cristiana que intervinieron al mando de las tropas represivas. Entendía la lengua árabe. No existen en su narración rasgos de declarada antipatía por los alzados; antes bien se pudiera hablar de cierta proclividad comprensiva, fundada tal vez en su estado anímico de caída en desgracia -estaba en realidad desterrado-, y que en aquellos tiempos la servidumbre de los palacios granadinos estaba compuesta por población morisca, a la cual debía aso-

ciar su infancia. Por su parte, P.H. (Pérez de Hita) asistió a la campaña como paje de uno de sus más grandes -y enigmáticos- caudillos: el célebre marqués de los Vélez, don Luis Fajardo, llamado "cabeza de hierro" por los moriscos (como Filiberto de Saboya), sobre el que precisamente hace el retrato literario más plástico y conmovedor -en opinión de Marañón- de la literatura de aquel periodo. Pero a los Vélez (que tuvo una actuación desconcertante, entre el valor heroico y la apatía incomprensible) se le había asignado tan sólo un territorio de actuación, que viene a coincidir con la actual Alpujarra almeriense; tendría, por tanto, una visión más profunda que completa. pero, sin embargo, no se puede dudar de su imparcialidad. El es el de más alta maurofilia de los tres. Calificábamole antes de barroco, lo cual viene a reducirse al énfasis que pone en los contrastes: en su obra, destacando como al claroscuro, descritos quedan señeros actos de caballeridad (por ambas partes), así como flagrantes delitos contra el linaje humano, monstruosas venganzas, escarmientos desoladores, puestos al desnudo. Ya dijimos cómo los autores románticos le tomaron su libro por cabecera de sus obras. Viene bien consignar, aun todo lo anecdótico que se quiera, que una de las mejores novelas de su autor (en propiedad, menos malas), Manuel Fernández y González, ésta es *Los monfíes de las Alpujarras*, novela que pese a sus altas dosis de folletín hizo furor en su época, le sigue de cerca. Y finalmente M.C. (Mármol Carvajal), del que no hay que olvidar con todo que es morisco, o descendiente de tales.

Así es que, cuanto a autoridad, no puede pedirse más a los tres testimonios aducidos. Los cuales, asimismo, discrepan poco, y en contadas ocasiones sobre asuntos relevantes (ejemplo de ello sería la muerte de Abén Humeya: los que tiraron del cordel a ambos cabos; no hay unanimidad en los nombres de quiénes fueron), limitándose cada cual, y como es lógico, a cargar tintas en este o aquel otro acontecimientos. De manera que, corriendo el tiempo, pudo redactarse una historia sincrónica y globalizadora. Esta no es otra -la más fiable- que la de Lafuente Ferrari, que es por cierto la que sigue Pedro Antonio de Alarcón en su *La Alpujarra* (1872), al consignar muy de cerca las vicisitudes de Abén Humeya en su recorrido por el escenario de batalla. Pero quien aún guarde suspicacia acerca del rigor histórico entre las diferencias de los tres cronistas reseñados, no tiene sino consultar el estudio, en anotaciones a pie de página, de la *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza, del profesor Blanco-González, en la edición de Castalia, de 1970.

Consultado todo ello, por anteriores trabajos de quien esto escribe, junto a otros textos concernientes al caso, y atinente a las costumbres como el imprescindible *Los moriscos del reino de Granada según el sínodo de Guadix de 1554* (1968) de los profesores Gallego Burín y Gámir Sandoval, nosotros no tenemos sino que concluir que, en este *Abén Humeya*, su autor, Carlos Asenjo Sedano, no se aparta un ápice de la verdad documental, quedándole un estrecho margen para la interpretación personal, en la cual, de cierto, no se inhibe (y como ahora veremos).

Así están las cosas. Y sin embargo, surge perentoria la cuestión de fondo:

¿No es menos cierto que los testimonios de H.M., P.H. y M.C. se hicieron de parte cristiana? ¿Estamos todos ciertos de que aquello por los tales aportado -permítaseme la legulería- es la *verdad, toda* la verdad, y *nada más* que la verdad? Sellados quedaron los labios de los vencidos. Y, pese a que los moriscos fueron apoyados en sus demandas (las presentadas por Núñez Muley ante Felipe II) por la facción liberal -siempre que no les comprometiese demasiado- de Felipe II, y algunos del partido intransigente, el más mínimo pudor impide en afirmar que así fue la Historia. No, así no fue la Historia. Y si así hubiera sido, ¿a qué este *Abén Humeya*? ¿No constituiría una simple glosa, una variación ociosa sobre el mismo tema? Los moriscos callaron, pues sufrieron las consecuencias de la derrota; derrota injusta, toda vez que cada día -y la novela de Asenjo es en este sentido algo más que un síntoma- más firmemente se clarea el hecho de que propósito anterior a la ruptura de hostilidades fue la intención irreductible de expulsarles, y a tal fin de que la guerra estallase iban encaminadas las provocaciones torpísimas con que se les hostigó de continuo, contra todo derecho (pues los moriscos igualmente eran súbditos de su majestad), por parte cristiana. De esto, Felipe II es responsable ante la Historia, como también el sector integrista católico, en la Iglesia como el Estado.

Acierta de pleno Carlos Asenjo cuando establece que su novela es por parte de los vencidos, relatando ellos los acontecimientos, y no, una vez más, por parte de los vencedores. Tarea en la que, para unos incidentes análogos (los de la llamada Toma de Granada), se nos adelantó un francés del Líbano, y de forma impecable por cierto; me refiero a Amín Maalouf, con su *León el Africano* (1989): aquella Granada poco tiene que ver con la que describen los cronistas cristianos. Queda, naturalmente, por analizar la sinceridad de su autor, Asenjo Sedano, en este sentido, que no es otro que el viraje a la historicidad, desde la otra orilla del conflicto.

No es otro el meollo, la enjundia, que éste: esta novela, en lo que a declaración de intenciones se refiere, ¿pudo escribirla un morisco, incluso si este morisco se llamaba Abén Humeya?

Una cosa es cierta, y sin más por ella apuesto: *Parece escrita por dentro*, es decir desde la parte morisca. Y es, en este sentido, que Asenjo Sedano aporta a la novelística sobre el tema dos conceptos fundamentales, en los que aquella sociedad morisca se vertebra. Estos conceptos no aparecen descritos en novelas precedentes alusivas a lo morisco. Tales son la *taqyya* y la *asabyya*. El arte del disimulo y la sujeción al clan. Sin estos conceptos no se puede hablar de sociedad morisca por dentro, ni desde dentro.

Cuidado, llamo a la atención. Su autor no es un historiador de salón. No luce en convenciones académicas, en los que historiadores de relumbrón, que no han pisado en su vida un archivo, imparten conferencias domesticadas que, a la postre, no son sino indigestos refritos de referencias hasta la saciedad sabidas. Este es un historiador verdadero, es decir de campo. Lo que sabe él solo lo ha aprendido en la soledad de los archivos, descifrando textos de legajo que antes, muchos de ellos, nadie había consultado. Atención a lo que nos diga. Recordad

que Guadix constituye un dique auténtico contra la *erosión* morisca, hegemónica en la zona. Sus archivos hablan. Y Carlos Asenjo los ha escuchado.

SEGUNDA PREMISA: LA VEROSIMILITUD LITERARIA.

Lo hemos apuntado ya. Se sirve Carlos Asenjo de un recurso bien tradicional y en principio invulnerable: Abén Humeya dicta a su secretario, el Deyrí, un memorial. Este memorial tiene por objeto ser presentado al monarca cristiano, con el fin -si no he entendido mal- de que el destino de los sublevados sea, al término de la contienda, menos riguroso; se supone, entonces, que debiera haberlo comenzado bien mediada aquélla, toda vez que incluye referencias a eventos próximos a su funesto -de Abén Humeya- desenlace, y porque se entiende que un memorial así sólo se escribe cuando se han perdido las esperanzas de la victoria (si es que ésta alguna vez se albergó en el ánimo de los alzados, lo que parece -a tenor de la novela- que no sucedió nunca). Por otra parte, este memorial, que no es en definitiva sino el relato de su existencia, con especial fijación en las causas del alzamiento, no puede por menos que convertirse, y de modo espontáneo, en un alegato de defensa, lo cual, dado que es descrito en primera persona, era previsible.

Y aquí comienzan las complicaciones, desde la perspectiva novelística. Porque todos sabemos que tal memorial o alegato nunca fue escrito. Nos encontramos, pues, ante un imponderable técnico. Por mucho que el escritor haga en su favor, en pro del orden narrativo, partimos de un principio de irrealidad, incompatible con la ficción, la cual, si no es verdadera (como por naturaleza queda asentado) sí ha de ser al menos verosímil. Y no lo es, desde el punto de vista novelístico, porque el autor se ha descubierto, sin que al menos, y mediante algún otro recurso de inventiva, nos haya hecho dudar, siendo, precisamente, en esta ambigüedad realidad/ficción que por definición se apoya la literatura contemporánea. De aquí para adelante, poco efectivos serán todos los esfuerzos. *Sabemos* que Abén Humeya no dictó ninguna historia, de igual modo que prevemos que, cuando Abén Humeya muera, será el Deyrí quien narre su muerte. Porque otro remedio en coherencia no queda y otro recurso -a tal comienzo- no cabe.

Se me dirá: entonces, la novela histórica, como género, es un imposible. Porque, en todo caso, la novela histórica otra cosa no puede ser que un *plagio* de una obra que o no ha existido o ha existido. En el primero de los casos, sabemos de antemano que no ha existido ese diario, memorial o monólogo a que la novela hace referencia; pero queda el beneficio de la duda si el escritor crea la ambigüedad necesaria, estrecho margen tal vez, pero imprescindible: así Cide Hamete Benengueli, que aún dudamos de si es verdad o mentira, por no mencionar al propio don Quijote, que no sabemos si existió o no, al cabo de tres siglos de controversia. En el segundo de los casos -si ha existido el memorial a que la novela hace referencia- sólo cabe ajustarse a él, recreándolo, o bien crear la novela del modo que, con su ilusión de verdad, supere a la verdad misma, incluso si *es* totalmente diferente.

Problema hondo, insalvable, de preceptiva literaria: el sueño del sueño, ilu-

minación barroca por excelencia y su mejor aportación metafísica (y estamos, en la época a que la novela nuestra se refiere, en pleno Barroco). ¿Se puede soñar que estoy soñando? Si es así, toda ficción vale. Porque la vida misma es una ficción. Reparad bien en esto, porque es el sentido mismo del monólogo de Segismundo, esencia por tanto del Barroco, que es el movimiento español por excelencia. Si no es así -si no puedo soñar que estoy soñando-, no; no vale toda ficción. El lector elija por tanto si el recurso de *Abén Humeya* es o no fallido, desde el punto de su verosimilitud novelística. Y es a tal fin, es decir que este memorial cierto *fuera*, que todo se condiciona en la novela.

Así, en primer lugar, el estilo. Es éste barroco, y burocrático, que vale por decir doblemente barroco. Inmiscuyámonos en él, sin prevenciones. Períodos interminables de oraciones subordinadas, sin -bastantes de ellas- principal (que la principal va ínsita en las proposiciones que anteceden su sentido, el cual queda implícito; así es, en efecto, el estilo de prórroga jurídica). Oraciones de relativo (las de gerundio no existen) impactando con oraciones sustantivas en "que"; cascadas de ellas: en la pág. 50, y a partir de su renglón sexto, puede el lector contar 9 "que", alternados de relativo y conjunción, en tan sólo 6 líneas; sirva de ejemplo. ¿Es esto válido? El lector está pensando en que censuro lo antedicho. Se equivoca: me limito a constatarlo; aunque personalmente quedo más de acuerdo con otro tipo de recursos. Y se equivoca el lector -si cree que estoy censurando- porque, en efecto, en aquel tiempo se hablaba así: oraciones invertebradas (es decir, sin cláusula principal muchas de ellas, implícita por tanto), con elusiones frecuentes y numerosas silepsis. Desde este punto de vista, digámoslo ya. Por el *modo* en que Abén Humeya al dictado se expresa, pudo perfectamente decirlo así. Reserva: existen ciertos vocablos, muy pocos (enemistad, atascar, usted...), de uso improbable.

Lástima que como tal lenguaje queda supeditado al recurso de entrada (es decir, que el presunto memorial existiese de vero), pierde en gran medida su eficacia. Y téngase, a mayor abundamiento, que Abén Humeya es morisco, y que el castellano no es su lengua vernácula, aun aprendida. La oposición estructura profunda: *pensar* en una lengua, y estructura superficial: hablarla de hecho, no juega en su favor, en pro de un castellano impecable. Por esto, por el sustrato arábigo, Abén Humeya suprime la preposición "a" en los complementos directos de persona. Sí rico -su castellano-, por añadidura (que es el caso de Góngora y tantos otros).

Y vamos ahora a lo que se dice. Lo que no está descubierto por la historia, Carlos Asenjo lo suple con creces. Y en perfecta línea de verosimilitud. La historia no nos dice nada de su madre. Aventúrese el lector por sus páginas y tardará poco en darse de bruces con personaje *posible*: la madre, descrita (pese a la brevedad de sus apariciones y tal vez por ello mismo) con sugestión poderosa. Es una mujer (quién no imagina así a una madre morisca, maridada en casamiento desigual) silenciosa, enigmática, perpetuamente tras la celosía a la espera del retorno del hijo y del marido. Una pincelada basta en este caso a reconstruir no solamente su verosímil condición, sino de las madres moriscas en general; es de-

cir, estamos ante un arquetipo. E igualmente la hermana -de Abén Humeya-, descrita como una niña algo esquizoide, a la cual da siempre por el achaque de la risa. Entra en lo posible, pues, aunque la risa de cierto no sabemos qué cosa sea (recordad los estudios de Bergson), por el contrario entendemos que sirve de alivio a una tensión, para ciertas naturalezas, tanto ambiental como íntima. Y se dan ambas.

Tanto el Habaquí como el Zaguer, Abén Farax como Abén Abóo, siguen en sus etopeyas respectivas las pautas con las que la historia nos los han transmitido. Agudiza, recorta los perfiles Carlos Asenjo tal si, sobre la pletina de los acontecimientos, les aplicase una lente de aumento. Aquí se ven, respectivamente a los cuatro -por citar los más relevantes-, la prudencia, la duda, la violencia y la envidia; todo un retablo entretejido sin vacilación, con buen temple. Y así nos averamos, nos arrimamos a la madeja de la acción. Rivalidades, envidias, celos en suma (del poder y de lo otro), que llevan a la doblez y a la conjura que la historia nos consigna.

Entremos en suerte, no nos detengamos en lo accesorio. Me refiero al modo de ser del propio Abén Humeya. Cómo verdaderamente *era* nunca lo sabremos, pero su modo de comportarse *está* ahí, por lo que no es desatinado inferir por sus efectos la causa, que no es otra que su carácter. No cabe duda, Carlos Asenjo no difumina, no insinúa: *apuesta*, tiene esa valentía, ese rigor intelectual. Abén Humeya, para Carlos Asenjo (y si yo no interpreto mal), es un niño ingenuo, ni mejor ni peor que otros, el cual, ya en su adolescencia, y como reacción del ambiente en que vive (de que son detonantes el apresamiento del padre y posterior tormento, así como el incidente de la briega contra Pedro Mazas, por causa de presentarse -Abén Humeya- armado en el concejo de caballeros veinticuatro), va cobrando conciencia irreductible de la necesidad y justicia de la rebelión. De este ímpetu, sin embargo, no están ausentes otras motivaciones menos nobles, diríamos. Pero dejémoslo ahí.

Posee voluntad débil. No es inteligente, ni siquiera sagaz; pero romo tampoco. Se va configurando, pues, como una discreta medianía, en tanto que persona. Naturalmente caballeroso (por tal de identidad nobiliaria), pero vengativo. De los que callan, pero no olvidan. Y recordémoslo: a la sazón frisaba veintitreés años. Como evasión, o porque así era su natural, o porque le pervierten, el móvil de su carácter -en la novela que tratamos- era el vicio de la lujuria.

Así es que el destino (o lo que sea), que siempre ataca por el flanco más vulnerable, le *mide* mediante la mujer con la que las circunstancias le impelen a marido. Lo es Fátima Rojas. Insignificante en apariencia, pero de las que las cobran -las ofensas que les hacen- a plazo fijo y con intereses. El casamiento es por conveniencia. No hay avenencia ni sexual, ni sentimental. Se odian, y además racialmente. Y esta va a ser la causa remota de la desventura de Humeya. Creo yo que en señalar esto, hacer hincapié en ello con tan singular nitidez, radica uno de los aciertos plenos de la novela. Pues no lo olvidemos: en *La Celestina* ocurre de modo análogo. Una desavenencia racial (Calixto, cristiano viejo; Melibea, cristiana nueva), con el agravante de una invocación en toda regla al diablo, es causa de tragedia.

En *Abén Humeya*, sin embargo, las mujeres son algo autómatas. Así Helena Zúñiga (personaje a la zaga de Isabel de Solís), cuyo móvil es la ambición más insana, si no estúpida: el precio de sus favores es un reino, nada menos (y Abén Humeya, como un corderillo). Así como el segundo personaje femenino en importancia: una especie de Salomé, lúbrica pero lista, llamada Zara. El primer personaje es imaginario, pero no así el segundo, que la describe Pérez de Hita. ¿Entonces? Puede la novela considerarse como concéntrica. A este tenor nos encontramos que, paralelamente a las ambiciones políticas de cuantos rodean a Abén Humeya, en un más profundo círculo es la venganza lo que propicia la sexualidad desencadenante de la tragedia personal del mismo. La conjura en el círculo externo y el complot en el interno; ambos no sólo convergentes, sino tangentes.

Pero esto es monstruoso: servirse de la sexualidad -que a la postre es una indefensión- para el rendimiento final de cuentas. ¿Fue posible, fue así? La historia bien que lo sugiere. Había demasiada mezquindad, demasiada egolatría en todos ellos y ellas. Acorde con este sentido, Carlos Asenjo lo acusa y ahonda. No olvidemos que la *asabyya* era aun más fuerte entre los hebreos que los moriscos. Por algo Judit era hebrea.

Y así las cosas. No tenemos espacio para más. Disentimos con algún extremo (los escrúpulos de Abén Humeya con respecto a los incidentes que motivaron en Cádiar la muerte del capitán Herrera, siendo éste un asesino, los que no parecen probables), y nos quedamos meditando sobre la presunta lubricidad de Abén Humeya, la cual, si bien nos parece acorde a las referencias de los tres cronistas principales de aquella guerra, bien pudiera también ser una interesada, y por tanto tendenciosa, versión en su descrédito. Nos quedamos, sin embargo, con el discurso -magistral- del santón de Face Retama: Las guerras tienen por causas invisibles la sequía y el exceso de mujeres. Y es a este tenor que, luego que Abén Humeya ha formado harén, como una sombra el santón se le presenta eximiendo de alguna forma su apetencia desmesurada. Todo un motivo de meditación en la poligamia, si a su ejercicio conducen otras motivaciones que no las de simple y llana concupiscencia

CONCLUSION.

¿Y pues? Concluimos. Nos aventuramos. Como *novela histórica* no cumple del todo la *verosimilitud* exigible en sus procedimientos técnicos. Es lenta en un principio, como si el autor se mantuviese a la defensiva, esto es a remolque de los acontecimientos. El hilo discursivo, por ceñirse en tal grado a la *veracidad* histórica, fluye desposeído del factor sorpresa. Por contra, la atmósfera está perfectamente conseguida; hay aquí *sabor*, se *huelen* los objetos. Su autor *entiende* mejor lo morisco que lo cristiano, lo cual justifica que esta obra sea por parte de los vencidos y no de los vencedores. Como no podía ser menos en uno de los maestros actuales de la Intrahistoria, uno de nuestros intelectuales vivos que mejor conocen por dentro la vida e historia de los moriscos. Así que, como *historia novelada*, no sólo es buena. Estas páginas me han servido para concluir algo más. Inmejorable.